

Los otoños te arrullan,  
Téplante los veranos,  
Primaveras erectas  
Derrotan los inviernos del estrago.

Incorruptible marchas en la luz,  
Tu palabra es fiesta de los hombres.

Vuelan los versos en tu voz profética  
Sobre un futuro de herméticas deidades.

La cromática vecindad de tus águilas  
Ensancha, en sus latidos, a la tierra.

Cercano a la eficacia de tu frente,  
Amor ha levantado sus fulgores.

La íntima tierra mexicana  
A tu sufrido rostro condecora.

Sollozar de tambores es la música  
Que envuelve tu presencia de obsidiana.

Tus ígneas combustiones, oh mestizo,  
Derrotan las unánimes frialdades.

Por tu rima recóndita  
Un gozo de palomas se derrama.

Por tus sílabas móviles  
Un México de ráfagas asciende.

Todo tú te rehaces de la muerte:  
Tu nuevo rostro sobre el Tiempo instala  
Translúcidos meteoros,  
Quimérico señor de tempestades.

Tu fragancia de amapolada estirpe  
Las alas de Coatlicue ha detenido. ♦

## *Tránsito de una voz apasionada*

*Por Miguel Álvarez Acosta*

En Jerez, hace lustrós, el aroma  
de los verdes sembradíos y las huertas,  
iba jacarandoso a la parroquia,  
porque un niño de media primavera,  
asistido del cura y los padrinos,  
entregaba su llanto a la pileta  
del agua bautismal y recibía  
la predestinación de los aedas.  
Ramón López Velarde fue su nombre  
veta mayor entre las ricas vetas  
del fervor nacional, oro bruñido  
bajo el minero sol de Zacatecas.

Aire de los manzanos, tuberosas  
de la fuente lunar, tibias praderas,  
labriegos menesteres del cortijo,  
leves arroyos por las callejuelas;  
relatos del abuelo entre las alas  
del quinqué, de la sombra y la tiniebla;  
calidoscópica visión del niño  
que en el hallazgo musical observa  
la perpetuada rima de la lluvia  
con violines de luz por las goteras,  
la telúrica charla de los bosques  
y el meliflúo rumor de la colmena.

Ahí nace la lírica guirnalda,  
frente al temblor de la Naturaleza,  
en el recato del hogar tranquilo,  
en el tierno decoro de la aldea.

Vecino de cristianos menesteres,  
el Evangelio le sirvió de esquema:  
en el atril de cedro, dibujaba  
la plombagina el mapa de una endecha,  
al aire coronado del armonio  
o al pintado candor de la muñeca.  
Silencioso y extático, los días  
en el calor de su niñez contempla;  
los ve pasar cantando por las calles  
su agitada canción de panderetas  
y la precocidad meditativa  
le va grabando insospechada huella.

Niño del siglo diecinueve, goza  
la ingenuidad votiva de las ferias:  
agua de betabel con alfajores,  
pegaso en fuga de circunferencia;  
manjar y volantín que le habilitan  
serafín emigrante de la idea.

Su presencia en la infancia, contamina  
de inquietud el recinto de la escuela.  
El niño silencioso es un prodigio  
que exige reflexión a la maestra;  
todo llama interior, el pequeñuelo  
rebase los pupitres; la piqueta,  
sale a exhumar estrellas al contorno,  
y entre el musgo esponjado de las piedras  
su mano va midiendo los temblores  
elocuentes y mudos de la tierra.

Tiene doce febreros y en las alas  
de la entrañada conjetura vuela;  
y una tarde, al volver de los sembrados  
el anafe del sol por las laderas,  
el alfarero olor de las tinajas,  
el capullo de oro en las veletas,  
el popular tejido de los hombres  
que van por la liviana transparencia  
de la tarde mullida, le conmueven;  
recurrer a la palabra y no la encuentra,  
y sin saber por qué, llora y se bebe  
de llanto y de dolor la improcedencia.  
Y es que su sangre niña, verde grito,  
irrumpe a revelarles que es poeta.

Inicia en verso tímido, furtivas  
incursiones al mar de la belleza;  
va recogiendo la expresión del día  
en un tiesto de rosas lugareñas,  
porque la Patria estaba, desde entonces,  
“en las provincias de reloj en vela”  
en el coro jocundo de la ronda  
y en el claro fulgor de las verbenas.  
Por eso su canción, era una glosa  
a ese credo de júbilo y tristeza  
que el ruiñeñor municipal propaga  
desde el columpio de las alamedas.

Vive los años mozos al amparo  
del coro familiar, rimando quejas  
a la angustiada virgen que le embruja  
desde los patios de la voz inédita.  
Divaga entre los cíngulos morados,  
el misal, el hisopo y las bandejas  
donde el cofrade daba las primicias  
del cotidiano afán por indulgencias.  
Allí la musa del pesar, su novia,  
al oído le canta brisas ledas  
y sabe del amor incontenible  
que reza a Cristo, a la mujer desea  
y en un mismo fervor, canta a las rosas  
de Jericó y al lirio de Florencia.

Ya Fuensanta llegó al itinerario  
del bardo teologal; ya se penetra  
de la suave penumbra de un romano  
que vigila pasión de adolescencia.  
Ya sucumbe al contacto voluptuoso  
del presentido amor, llora tinieblas,  
rima su soledad, sueña en el “ángel  
femenino que agrava su dolencia”,  
y en embriaguez de ondas, se desliza,  
“hallando un vals sin fin por el planeta”.

Meridional encanto que se filtra  
por sus manos henchidas de promesa  
conduce sus pupilas, desde el templo,  
rumbo a la tentación clara y doncella  
y el aroma del santo advenimiento,  
bañado en rubio manantial de cera,  
alza responsos, madrigales, sueños,  
en un loco dualismo sin fronteras;  
no sabe en veces si el aroma pulcro  
del recinto cural, es la azucena  
que en la crencha desnuda de las mozas  
también dice verdades evangélicas.

Y cuando en viaje primordial deriva  
por la ciudad de las famosas termas  
siente, bajo la fronda de San Marcos  
y el laberinto de la enciclopedia,  
las dudas de Spinoza y Juan Jacobo,  
las pitagóricas evanescencias,  
el cálculo devoto de la rima  
y los rigores del epifonema.  
En el verde recinto de las aves  
y el milagroso manantial, profesa  
de bachiller y bardo. Sus padrinos,

un bardo y un pintor, almas gemelas:  
 Don Saturnino Herrán, pincel nativo,  
 Don Enrique Fernández de Ledesma.  
 Y tres aves de luz, en el paisaje,  
 anuncian un crespón y tres esquelas.  
 ¿En qué vientre de nácar adormida  
 pule su gris nostálgico la perla  
 de su apagado verbo? ¿Qué designio  
 le depara la sombra? ¿De qué hoguera  
 emerge el purgatorio ritornelo  
 que le lleva a las fúnebres gavetas?  
 ¿Adivina a la muerte en el enfaldo  
 consentido y gotoso de la abuela?  
 ¿Sabe que le precede una guadaña  
 socavando sus lóbregas veredas?  
 Miradlo y comprendedlo: Viaja siempre  
 obsesionado en tumbas y azucenas:  
 es un responso místico, plegaria,  
 tesitura de salmos y de exequias.

En el barro fluvial de los tazones  
 mitigaba su fiebre recoleta  
 y oficiaban en misa de amapolas  
 flauta y espuma de las pajarreras.  
 Qué voz más honda, qué milagrería  
 en la voz de la diaria convivencia;  
 qué prestigio tan cierto da al lenguaje  
 cuando baja a la humilde pastorela  
 de su pueblo natal, a la invasora  
 pista fanática de la ruleta  
 y a la usual eficacia cronológica  
 de un ritmo temporal de cabañuelas.  
 ¡Qué afán de traducir, al verbo intacto  
 mudo el esmalte de la periferia;  
 de conceder bombones al acíbar  
 con esmerada euforia picaresca;  
 al astronómico vocabulario  
 Dar el golpe certero de la flecha.

De ahí, su voz se enclaustra y se aniquila  
 tal si debiese sorda penitencia;  
 y hasta el silencio del hogar, la gracia  
 de la amabilidad, sobria y doméstica,  
 le lastiman con lúgubres rumores  
 donde presiente a la adorada muerta.  
 Huye a toda pasión, recurre al llanto  
 y en la noche más larga de su ofrenda,  
 sublimiza el vocablo de la amada,  
 busca la atmósfera de transparencia  
 que le retorna al pueblo y rememora  
 la tarde aquella de carnestolendas  
 en que la halló, bordando sus pañuelos,  
 a la plácida sombra de una higuera. . .

A veces, la sirena agazapada  
 bajo el sensorio, la convalecencia  
 de la reciente herida, le permiten  
 fugas de monje a la espaciosa celda  
 del mundo. Las pasiones le acribillan.  
 ¡Hay tal comercio de rencor afuera!  
 Se refugia en las naves de los templos  
 y en el pingüe silicio, a cada tregua

que concede a su noche; arrepentido  
 de la liviana púrpura indefensa  
 y la pasión que en la ventisca humana  
 su sed de rubios carnavales merma,  
 retorna al arca en el diluvio negro  
 que puso a flote su dolida arteria.

Su verbo se ha entregado al torbellino  
 del torrente sensual, y le deleita  
 "de la virginidad el limpio daño"  
 y del exceso lúbrico, la hoguera.  
 Si Baudelaire le incita al masoquismo,  
 su cornucopia en el cadalso vuelca  
 porque el vino del fausto le derrumbe  
 sobre el legado estéril, en la huesa. . .

Con el aroma del Calvario en torno,  
 los doce climas del país congrega,  
 porque antes de partir, la SUAVE PATRIA  
 celebrará con él, la última cena.  
 Y ante los doce apóstoles, culmina,  
 en un tratado de humildad profética,  
 ese amor "impecable y diamantino",  
 (pentecostés de la ruinosa aldea)  
 con que supo trazar la paradoja  
 de nuestra pródiga y triunfal miseria.

"Una capilla oceánica, a lo lejos",  
 llamando está a la cita ultraterrena;  
 "los guantes negros" de Fuensanta acuden  
 al clamor angustioso del poeta.

Tiene treintatres años; es la misma  
 hora final en que Jesús se eleva,  
 por la escala del Gólgota al Zodiaco.  
 Alguien llegó de la marisma eterna  
 a la grave estadística del hombre  
 que hace girar el llanto del planeta,  
 "la edad de Cristo azul se le acongoja";  
 se reconcilia en la plegaria luenga  
 y se borran los muros de la estancia  
 para que pueda ver su vida entera.  
 La fiebre está cavando nido breve  
 con el cansado ritmo de su pleura.  
 Flotando entre las nubes de su lecho,  
 con aladas pupilas, entreabierta  
 la esclerosada boca, su delirio  
 ve pasar las corolas predilectas  
 al inválido tiesto del otoño;  
 balandro de gaviotas y azucenas,  
 el recordario místico se ensancha  
 como noria de luz, bajo su senda.

¡Cuántas sombras nubladas, diminutas,  
 por el profundo corredor pasean  
 y suben a llorar hasta la torre  
 que funde su distancia y su presencia.  
 ¡Oh dolor sin palabras. . . el recuerdo. . .  
 determinismo, fácil coincidencia  
 del féretro y del hombre en la secante  
 de la familia humana, muda y ciega.  
 El ya puede mirarnos, desde siempre;

ya desprendió del mundo; balancea  
 su límite balsa en la confusa  
 vibración que deshoja la incoherencia:  
 entre fechas y nombres y fragmentos:  
 . . . "El cansancio del fin. . . ¡Oh Magdalena  
 . . . Sí. . . yo soy tu juguete agradecido. . .  
 baje tu mano blanca a mi gaveta. . .  
 . . . te conozco, Señor. . . viajas del incógnito  
 vengo a morir debajo de tus ruedas. . .  
 . . . han de quedar tus huesos en mis huesos  
 . . . libre me siento ya. . . como un cometa.

Y en el lino impecable de las sábanas  
 la lágrima final se desmadeja.

Alfabeto glorioso de su vida,  
 en el doble columpio de la omega  
 (el trece horizontal de sus augurios)  
 sube por la nevada Casiopea.  
 A salvo está del colodión gregario  
 que detuvo la sangre del profeta.  
 Abajo llora el bosque entristecido. . .  
 arriba están cantando las estrellas. . .

Quizá en su marcha sideral encuentre  
 descendiendo el blandor de la cigüeña,  
 y en un hogar de júbilo paterno  
 reencarne la amargura del poeta. . .  
 ¿Vaga ya por el mundo el elegido?  
 ¿Está en la especie, la inflamada vena  
 de aquél que sacudió su conmovida  
 colonia de luceros en la aldea?

Hay un rosal de corazón desnudo  
 y un presagio de altura centinela.

Poeta del País, venero criollo,  
 señor de la palabra insatisfecha:  
 un día bajarás, con otro nombre  
 para darnos el pulso de la tierra.  
 "Irás como laúd por los caminos"  
 para loar a la encantada reina  
 que vive aún, rezando en las esquilas  
 y hundiéndose en el mar de sus ojeras.  
 De tu nombre, "con voz pávida y floja"  
 Tus novias cantarán las cinco letras;  
 y en tu pueblo natal, la bienvenida  
 surgirá del arcón de la cuaresma.  
 "Doblarán por tu ánima los bronce"  
 de la amada parroquia lugareña;  
 desfallecido, en equipal de aromas,  
 como una reumática litera,  
 verás huir, por la imantada gruta,  
 al Islam con sus tribus agarenas;  
 sobre la gruta, en la triunfal vertiente,  
 al buen rabino con la cruz a cuestras;  
 y entre gruta y vertiente, en este Valle  
 de Lágrimas, la mística silueta  
 de una mujer vedada, siempre tuya, . . .  
 tan distante, tan propia, tan ajena . . . ♦

El Quiché, junio de 1939